

## TEORÍAS LINGÜÍSTICAS DE LA ANTIGÜEDAD: PANORAMA ACTUAL Y DESIDERATA

### I. CONSIDERACIONES GENERALES

Por extraño que pueda parecer, no contamos hoy con un manual amplio sobre las teorías lingüísticas de la Antigüedad que pueda sustituir dignamente a la que continúa siendo la obra fundamental sobre el tema: la *Geschichte der Sprachwissenschaft bei den Griechen und Römer, mit besonderer Rücksicht auf die Logik*, de H. Steinthal, cuya primera edición data de 1883<sup>1</sup>. Hemos de ver que esta obra, cuyos enormes méritos son innegables, tiene, como es lógico, grandes deficiencias, debidas ya a una exploración inadecuada de las fuentes, ya a proceder de una época en que la Lingüística moderna ni siquiera se vislumbra aún en el horizonte. Voy aquí a exponer, aunque sea sumariamente, los avances logrados desde aquella fecha, así como los desiderata que pueden fácilmente percibirse.

Conviene comenzar dando una idea de la imagen general de la Lingüística antigua —y al decir esto quiero decir, en este trabajo, greco-latina— entre los cultivadores actuales de esta Ciencia. Imagen derivada directa o indirectamente del libro de Steinthal y de trabajos posteriores y, también, del contraste que se observa con corrientes lingüísticas posteriores. Conviene presentar esta imagen, en parte contradictoria e incompleta, con objeto de que pueda ser confirmada o rectificadas, en la medida de lo posible, en las páginas que siguen.

---

<sup>1</sup> La 2.<sup>a</sup> ed. es de 1890-91, reproducida anastáticamente por Olms en Hildesheim, 1971.

La Lingüística antigua es concebida como un estudio de la lengua hecho con un interés más lógico y aun ontológico que propiamente lingüístico. Es una Lingüística sincrónica, que oscila entre la justificación «lógica», la pura descripción y el punto de vista prescriptivo. No es estructural, en cuanto que sus definiciones semánticas tienden a ser absolutas, no opositivas ni distribucionales; y se la considera como poco formal. Carecían los antiguos de interés, se piensa, por puntos de vista sociales e históricos. Y su descripción del nivel fonético de la lengua se considera deficiente, por la escasa atención al punto de vista articulatorio y la mezcla de criterios gráficos y fonéticos. No presta atención a las realizaciones o alófonos ni tiene tampoco en cuenta criterios propiamente fonológicos. En suma: es una descripción de la lengua con poca fonética, basada en la palabra y el paradigma y con no mucho desarrollo de la teoría sintáctica.

Mucho de esto es verdad y es, además, importante en la descripción de la Lingüística antigua. Pero mezcla puntos de vista diferentes: los de los lógicos que exploran sistemas de pensamiento y los de los gramáticos de orientación filológica, que son autores de descripciones mejores o peores y tienen orientación prescriptiva. Además, no es toda la verdad: hemos de ver que en una serie de puntos como la teoría del signo, los criterios formales, las definiciones opositivas, la atención a factores sociales, etc., la Lingüística antigua había progresado más de lo que se piensa y, convenientemente investigada, puede esto reconocerse mucho más todavía.

Claro está, toda Ciencia progresa a base de criticar a los anteriores representantes de la misma y esto, aparte de falta de información o de exploración de las fuentes, explica en cierto modo afirmaciones como la de Pedersen y Spargo<sup>2</sup> de que «el mundo antiguo confió a Europa un pesado legado con equivocaciones acerca de la historia del lenguaje». Poco a poco se van corrigiendo estas exageraciones. Y a veces se invierte la corriente tradicional: mientras que la Ciencia moderna, como es sabido, se ha creado con máxima frecuencia criticando a Aristóteles, en lo que a la Lingüística respecta ha llegado un momento en que se reencuentran en Aristóteles doctrinas que se

---

<sup>2</sup> H. Pedersen y H. W. Spargo, *The Discovery of Language*, Bloomington 1962, pág. 1 (citado por Feliciano Delgado, «Gramática clásica, gramática española, historia de la Lingüística», *RSEL* 7, 1977, págs. 81-96).

reputaban modernas: más adelante hablaré de esto a propósito de la teoría del fonema y de la teoría del signo lingüístico.

De todas maneras, no deja de ser llamativo y carente, yo diría, de paralelos, el hecho reseñado arriba de que una obra llena de evidentes méritos, pero no menos evidentemente superada como es la de Steinthal arriba citada, no haya encontrado en cien años otra que la sustituya con una extensión aproximada. En mi opinión, aparte de razones circunstanciales que puedan aducirse para explicar este hecho, hay una razón de fondo. En términos generales y salvo excepciones, los filólogos clásicos no están lo suficientemente próximos a la Lingüística moderna como para explorar los textos gramaticales antiguos desde el punto de vista de ésta. Y, a su vez, los lingüistas (también con excepciones) no están lo suficientemente familiarizados con dichos textos como para obtener de ellos nuevas conclusiones. Así, la Lingüística antigua se ha convertido en una «tierra de nadie» en la que hacen incursiones aisladas los filólogos, los historiadores de la filosofía, los lingüistas, pero sin que se llegue a obtener una nueva síntesis. Con un enfoque al tiempo filológico y lingüístico se pueden obtener, en efecto, nuevas conclusiones, como, por ejemplo, volviendo a Aristóteles, las de Belardi sobre la teoría del fonema y las de Coseriu sobre la del signo. Es más: se tropieza fácilmente con textos que habían sido desatendidos y que, sin embargo, son importantes para la teoría lingüística de la Antigüedad. Más adelante se darán ejemplos relativos a Gorgias, a Platón, a Sexto Empírico, a la *Vida de Esopo*.

Pero la verdad es que se avanza lentamente: resulta significativo que todavía en 1979 se publique, como obra de actualidad vigente, el libro de R. T. Schmidt sobre la gramática de los estoicos, de 1839 —aunque sea provisto de notas y bibliografías<sup>3</sup>.

El presente trabajo busca, simultáneamente, indicar en qué sentido podría hacerse la nueva síntesis indicada a partir de estudios ya publicados y en qué otro esta nueva síntesis podría perfeccionarse investigando nuevos materiales. Naturalmente, se trata sólo de una visión aproximativa, parcial. No puedo en forma alguna explicar aquí por menudo el estado de nuestros conocimientos, dar una bibliogra-

---

<sup>3</sup> R. T. Schmidt, *Die Grammatik der Stoiker*, Braunschweig 1979 (trad. alemana de la *Stoicorum Grammatica*, Halle 1839, reimpr., Amsterdam 1967).

fía completa ni estudiar a fondo nuevos textos. Pero pienso que una llamada de atención en el sentido indicado, aunque sea dentro del espacio aquí disponible, puede tener su interés.

Como prólogo puede resultar útil hacer una referencia a las cosas que faltan o están superadas en el libro de Steinthal al que es forzoso hacer hoy, todavía, constante referencia. Para comenzar por el final, hay que decir que su mismo título, donde habla de griegos y romanos, debería ser modificado, pues a los griegos se dedican las 750 páginas aproximadas de los dos volúmenes del libro y a los romanos ninguna. En el prólogo de la 2.<sup>a</sup> ed., vol. II, pág. VII Steinthal se disculpa de esta deficiencia diciendo que cuando salió la 1.<sup>a</sup> edición acababa de aparecer la edición de Keil de los *Grammatici Latini* y que éstos no habían sido suficientemente estudiados. En todo caso, la inmensa laguna está ahí. La bibliografía sobre el tema es últimamente bastante copiosa y hace ver que en este campo hay novedades importantes y pueden esperarse otras más. Algo diré más adelante sobre esto.

Pero volvamos al principio del libro. Tras una pequeña introducción, comienza prácticamente por Platón, dentro del cual el *Crátilo* se lleva la parte del león. Buen estudio, por cierto, aunque superado muchas veces por la abundante bibliografía posterior. Pero es poco lo que se dice del *Teeteto* y *Sofista*, en los cuales veremos más adelante que hay muchas cosas que han pasado por alto lo mismo Steinthal que yo diría que todos sus continuadores: cosas no explícitamente lingüísticas, pero con repercusión en la teoría de los campos semánticos y las oposiciones léxicas. Pero lo notable no es esto, sino que nada se nos dice, salvo en alusiones aisladas, de los demás diálogos, de los sofistas y Demócrito, y muy poco e incompleto de Georgias.

El resto del primer volumen está dedicado a Aristóteles y los estoicos: buen estudio otra vez, aunque en lo relativo a la teoría del signo hoy, lógicamente, se ha avanzado más y en lo relativo a la teoría de los aspectos verbales Steinthal carece de una orientación clara. Sólo después de la aplicación al griego, por Curtius, de la teoría del aspecto, en fecha ya posterior a la primera edición de la obra que comentamos, ha sido posible mejorar su exposición.

En cuanto al vol. II, se centra en el estudio de la polémica entre analogistas y anomalistas y en una exposición de Dionisio Tracio,

seguida de otra demasiado breve de Apolonio Díscolo. Falta todo lo relativo a las teorías de los epicúreos; se toca sólo superficialmente a los escépticos, los cínicos no son ni mencionados.

Como decía al principio, no existen grandes manuales que sustituyan a éste. Tienen una intención mucho más restringida algunas obras que cito a continuación.

1. Muy conocido es el manual de G. Mounin, *Histoire de la Linguistique*, de 1967<sup>4</sup>. Es un manual muy reducido, al que hay que agradecer que se ocupe de la Lingüística entre los egipcios, sumero-acadios, chinos, hindúes, fenicios y hebreos, aunque resulta sumamente desproporcionado que se dedique a estos pueblos 52 páginas y nueve a los griegos (cinco a los latinos). La Lingüística antigua está tratada de segunda mano, aun así un lingüista como Mounin no ha podido dejar de ver cosas importantes: que los griegos, a través de la escritura, tomaron conciencia empírica de la segunda articulación, que su fonética no es tan deficiente como se dice, etc. Pero de los problemas teóricos sólo se nos da el clásico de la oposición de naturaleza y convención, sin obtenerse de ello las consecuencias de que luego hablaré.

2. De 1967 igualmente es la edición original de R. H. Robins, *A Short History of Linguistics*<sup>5</sup>. En realidad se trata de una descripción hecha con buen criterio lingüístico moderno, pero con grandes lagunas debidas a que, con pocas excepciones (sofística, gramática latina), se siguen las colecciones de datos y materiales de Steintal, sin profundizar mucho, tampoco, sus interpretaciones.

3. La *Historia de la Filología Clásica I. Desde los comienzos a la edad helenística* de Pfeiffer, es un libro cuya edición original es de 1968<sup>6</sup>. Su intención es, naturalmente, filológica. Aun así merece ser consultado para lo relativo a los sofistas y Gorgias (teoría de la ὁρθότης ὀνομάτων), a la teoría del léxico en general en Aristóteles,

---

<sup>4</sup> Trad. esp. *Historia de la Lingüística*, Madrid, Gredos, 1971.

<sup>5</sup> Trad. esp. *Breve Historia de la Lingüística*, Madrid 1975 (ed. original, Bloomington 1967).

<sup>6</sup> Trad. esp., Madrid, Gredos, 1981.

a la gramática estoica y empírica. Pero deja dominios muy grandes sin tocar.

4. También me gustaría hacer una referencia a una obra muy conocida y útil, el libro de H. Arens, *La Lingüística. Sus textos y su evolución desde la Antigüedad hasta nuestros días*<sup>7</sup>. Se trata, en realidad, de una recopilación de textos antiguos, acompañados de comentarios. Tanto en la recolección de textos, que incluye algunos, por ejemplo, de Epicuro y Sexto Empírico, como en estos comentarios, se advierte un notable progreso. Arens nota, en relación con las teorías estoicas sobre el significante y el significado, que «es asombrosa la coincidencia terminológica con la teoría saussuriana de las dos caras de la palabra» (pág. 34). Y atribuye la debida importancia a las teorías epicúreas sobre el origen y evolución de la lengua, sobre base social. De todas formas, sus tratamientos son muy sumarios.

5. Merece finalmente nuestra atención el libro de E. Coseriu, *Die Geschichte der Sprachphilosophie von der Antike bis zum Gegenwart. Teil I: von der Antike bis Leibnitz*, de 1975<sup>8</sup>. Libro importante, pero necesariamente con grandes lagunas, puesto que se trata de un curso universitario. Es acertada la interpretación de *logos* en Heráclito como referido al proceso, a su conocimiento y a su expresión verbal; y notable su estudio del *Crátilo* platónico, en que llega a la consecuencia de que Platón ve como poco útil la oposición naturaleza / convención por lo que a la lengua se refiere, no se llega de la palabra a la cosa. Pero es sobre todo el estudio de la teoría del signo de Aristóteles la verdadera aportación del libro, que también dice cosas interesantes sobre los estoicos. Se mueve, por lo demás, dentro de los temas tradicionales de Steinthal.

Creo que esto es suficiente para dar una orientación. Habría, naturalmente, que añadir trabajos de carácter general que son artículos o capítulos de libros: quiero referirme muy concretamente, aquí en España, al capítulo de Elvira Gangutia en el libro *Introducción a la Lexicografía griega*, por ella misma editado en 1977<sup>9</sup>, que se titula

<sup>7</sup> Madrid, Gredos, 1975. La ed. alemana es de 1969.

<sup>8</sup> 1.<sup>a</sup> ed., Tubinga 1970.

<sup>9</sup> Madrid, C. S. I. C., págs. 3-60.

«Teorías semánticas en la Antigüedad» y que estudia de los presocráticos a San Agustín, y a un artículo de Feliciano Delgado en nuestra *RSEL* en 1977<sup>10</sup>. También, fuera de España, a un trabajo de A. Szabó<sup>11</sup>. Por supuesto, habría que añadir innumerables estudios monográficos, a algunos de los cuales aludiré más adelante.

## II. NOVEDADES Y DESIDERATA

De lo dicho anteriormente pueden ya deducirse algunas aportaciones a añadir a los resultados del libro de Steintal: a veces contenidas en los manuales y trabajos posteriores que he citado, a veces no. Y algunos desiderata que existen. Luego me ocuparé sistemáticamente de diversos problemas y campos de estudio que han sido o deben ser investigados. Pero comenzaré por algunas consideraciones generales.

Es la evidencia misma que la evolución de la Ciencia lingüística a partir de Saussure y Bloomfield ha transcurrido por caminos no enteramente disímiles de los de la Ciencia lingüística antigua. Esto hace posible una mejor comprensión de las ideas de los antiguos. Sobre todo de sus ideas de teoría lingüística general, que en cierta medida están alejadas de los tratamientos sistemáticos de un manual como el de Dionisio Tracio. Porque en ocasiones esas ideas generales habían sido abandonadas o poco cultivadas, desatendidas. Y ahora se ha vuelto a ellas. Si además se añade la nueva boga de los estudios de Historia de la Lingüística (los manuales a que nos hemos referido tienen fechas comprendidas entre 1967 y 1970), parece claro que las circunstancias han variado y que se impone un reexamen de las teorías antiguas a la luz de la Lingüística moderna, pues la vuelta al interés por estos estudios en un período de tiempo muy circunscrito, no permitió que la proliferación de esta bibliografía fuera precedida de estudios preparatorios en profundidad.

Es más: este paralelismo, al menos parcial, entre Lingüística antigua y moderna no siempre ha sido casual, hay que contar con un

<sup>10</sup> «Gramática clásica, gramática española, historia de la lingüística», *RSEL* 7, 1977, págs. 81-96.

<sup>11</sup> «Die Beschreibung der eigenen Sprache bei den Griechen», *Acta Linguistica Hungarica* 23, 1973, págs. 327-353.

influjo: ya mediato a través de la tradición intermedia, ya directo, así sin duda en el caso de Saussure.

Quiero a este respecto llamar la atención sobre un artículo de E. Coseriu «L'arbitraire du signe. Zur Spätgeschichte eines aristotelischen Begriffes»<sup>12</sup> en que hace la historia de la teoría de la arbitrariedad del signo desde Aristóteles (se podría evidentemente retroceder más arriba) hasta Saussure. Coseriu critica justamente a O. Jespersen por hacer depender a Saussure, a este respecto, de Madvig y Whitney. En realidad estos autores están al final de una larga cadena en la que se colocan Boecio, Abelardo, Pedro Hispano, el Brocense, Hobbes, Locke, Leibniz, Condillac, Lessing, Hegel y tantos autores más. Coseriu hace ver las diversas traducciones del *κατὰ συνθήκην* aristotélico: Boecio habla de *secundum placitum*, el Brocense de *fortuito*, los escolásticos de *ad placitum, ex institutione*, etcétera; los autores alemanes de *willkürlich*, etc., etc. Hay una tradición nunca interrumpida y sin duda refrescada por Saussure en el propio Aristóteles.

Éste es el caso más claro, pero posiblemente no el único. W. Beardi ha hecho ver, por ejemplo<sup>13</sup>, que «la maggior parte dei concetti operativi fondamentali della Fonologia praghese (l'opposizione, la differenza, la relazione, l'alterità, la privatività, la base di comparazione) siano stati già fissati de Aristotele sul piano della logica generale». ¿Hay préstamo o simple coincidencia?

Pero no se trata solamente de esto. Todo el que esté al corriente de los planteamientos de la Lingüística moderna irá, inevitablemente, a buscar dentro de los textos de Lingüística antigua una serie de conceptos que le son familiares. Es lógico que investigadores anteriores no los hayan buscado. El método es fructífero, como hemos de ver cuando hablemos, por ejemplo, de la teoría del signo: hallaremos precedentes de la interpretación tripartita del signo (cosa-referente o significado-significante), de la relación del signo con el emisor y receptor del mismo, de sus funciones. La semántica del léxico, tan desatendida en general, nos hará reencontrar más o menos fielmente tipos de oposición, correlaciones, etc. que nos son igualmente familiares. Se nos presentará el problema de la monosemia

<sup>12</sup> *Archiv für das Studium der neueren Sprachen und Literaturen* 204, 1967, págs. 81-112.

<sup>13</sup> *Problemi di cultura linguistica della Grecia Antica*, Roma 1972, pág. 119.

y polisemia del signo, sea lexical o gramatical. Y tantas cosas más: elementos de gramática estructural *avant la lettre*, por ejemplo.

No hay que olvidar, sin embargo, que esta comparación de lo antiguo con lo moderno no deja de arrastrar peligros. Remito, por poner un ejemplo, a un reciente artículo de Pierre Pachet<sup>14</sup> en que comienza comparando la *deixis* de los estoicos con el *shifting* de Jakobson, para señalar luego las diferencias.

Por otra parte, no siempre se debe mirar a la Lingüística antigua con el aire conmisericordioso de quien intenta, a la luz de la más desarrollada Lingüística moderna, salvar en ella lo salvable. Yo diría que a veces hay que mirar precisamente a las formulaciones de los antiguos en la fase anterior a aquella en que se fosilizaron y quedaron como cosa fija hasta hoy mismo: hay posibilidades de que, a veces, encontremos en esa fase una inspiración todavía válida hoy día.

Voy a poner un solo ejemplo. Es sabido que en Aristóteles el término *πτῶσις* indica toda flexión y que luego quedó reducido, en los estoicos, a significar 'caso'. Este abismo entre la flexión nominal y la verbal, de una parte, y entre la flexión nominal y la derivación también nominal, de otra, domina toda la gramática a partir de entonces, al menos la gramática descriptiva<sup>15</sup>. Pero las críticas que se hacen a Aristóteles no son justificadas y hay que advertir que en fuentes posteriores, como Varrón y Dionisio Tracio, se encuentra todavía un uso del término «caso» que se refiere a diversas derivaciones y sistemas opositivos (comparación, diminutivo, etc.), dentro del nombre y el adjetivo. Y no son justificadas porque el sistema de los casos no es más que un elemento de sistemas de oposiciones complejos, en que intervienen incluso las clases y subclases de palabras. Al dejar en la morfología la teoría de los casos y poco más y lanzar el resto a la lexicografía, la lingüística tradicional ha cometido un error.

En cambio, sí que es error de Aristóteles el hacer derivar del nominativo los otros casos y algo ha quedado siempre de esta idea, aunque ya los estoicos colocaran todos los casos en igual plano. Hubo, sin embargo, dos gramáticos antiguos, Astiages y Filópono,

<sup>14</sup> «La *deixis* selon Zénon et Chrysippe», *Phronesis* 20, 1975, págs. 421-446.

<sup>15</sup> Sobre el origen de la teoría de los casos cf. Ana Agud, *Historia y teoría de los casos*, Madrid, Gredos, 1980, págs. 51 ss.

que llegaron a la concepción del ὄνομα γενικόν o *nomen generale*, es decir, a una base común a los casos (según ellos, erróneamente, primero al nominativo, luego a los demás)<sup>16</sup>. Es claro que esta concepción anticipa hallazgos modernos y supera la visión tradicional. Es éste un ejemplo de lo fructífera que puede ser la búsqueda de cosas nuevas incluso en gramáticos de segunda fila o mal conocidos. Y no hablemos de otros lugares. Lo más próximo que encuentro a la oposición de ὄνομα y ῥήμα en el *Crátilo* platónico<sup>17</sup> es la de foco y presuposición y otras varias (como *topic* y *comment*) propuestas por Lakoff, Fillmore y otros. Lo más próximo a la teoría estoica sobre los diversos tipos de *logos* (apofántico, pragmático, poético) es la teoría de Jakobson sobre las funciones de la lengua. ¿Y no nos recuerdan las especulaciones de Platón sobre frases como «Teeteto vuela», frases gramaticales pero sin relación con la realidad, las de Chomsky sobre sus famosas ideas verdes sin color que duermen furiosamente?

En fin: se trata de aplicar criterios lingüísticos modernos y explorar, con su ayuda, el material que nos ha sido transmitido; aunque no debe descartarse la posibilidad de que de ese material o de las interpretaciones antiguas del mismo pueden incluso obtenerse ganancias teóricas.

Sin embargo, tan importante como esta tarea es la de buscar nuevos materiales que han pasado inadvertidos o han sido insuficientemente explorados.

Se trata, de una parte, de pasajes fundamentalmente lógicos o epistemológicos de diversos filósofos que tienen, implícitamente, interés lingüístico. Es claro que la concepción más antigua, instintiva por así decirlo, pero mantenida por mucho tiempo, es aquella según la cual la palabra recubre la cosa y la cosa es transmitida directamente por la palabra: por más que, a partir del *Crátilo* de Platón, diversos autores vayan desprendiéndose trabajosamente de esta idea. Así, cuando Sócrates intenta definir «qué es» el valor, la piedad, la temperancia, etc., lo que está haciendo (o lo que cree que hace) es definir palabras. Sólo a esta luz puede comprenderse la sinonímica de Pródico o aquella frase de Antístenes que dice<sup>18</sup> que «el comienzo

<sup>16</sup> Cf. F. Murru, «Miscelanea linguistica», *RSEL* 12, 1982, págs. 247 ss.

<sup>17</sup> 399 a-b etc. Cf. Pfeiffer, *ob. cit.*, págs. 119 ss.

<sup>18</sup> Fr. 38 Declava Caizzi.

de la educación es la investigación de los nombres». O, sobre todo, la investigación sobre el significado de las ideas, que se expresan en nombres, y su organización, expresada igualmente en sistemas semánticos: así en diálogos como el *Político* y el *Sofista*. Sobre todo esto me expresé con cierta amplitud en un artículo publicado hace ya años y titulado «Lengua, Ontología y Lógica en los sofistas y Platón»<sup>19</sup> que creo aporta algunas cosas de interés sobre los sistemas léxicos según Platón. Todo esto tiene precedentes evidentes en los sistemas de oposiciones de los presocráticos (Heráclito, pitagóricos). Por otra parte, allí donde menos puede esperarse, una mirada atenta descubre pasajes interesantes desde el punto de vista que en este momento nos ocupa: quiero referirme a otro trabajo mío sobre «La teoría del signo en un pasaje del *Banquete* platónico»<sup>20</sup> en que creo encontrar propuestas platónicas que tienen una traducción lingüística un tanto inesperada en él, dentro de las teorías sobre el signo. Al hablar de ellas volveré sobre este punto.

En suma, allí donde menos puede esperarse, *a priori*, se encuentra material digno de estudio y con frecuencia dejado totalmente de lado en las exposiciones de que disponemos: el lingüista no tiene medios de localizarlo, al filólogo se le escapa. Otras veces, sin embargo, se trata de algo diferente: de material obviamente de interés lingüístico y que, sin embargo, no ha sido explotado en la medida de lo posible.

Por poner un ejemplo, algunas referencias hay en las obras generales al *Adversus grammaticos* del escéptico Sexto Empírico, incluso Steinthal se ocupa de él. Pero lo que puede obtenerse para la teoría fonológica y para una concepción de la lengua más unida al «uso» y a la historia de lo que es sólito entre los griegos, es muchísimo más: yo diría que sorprendente. Luego hablaré de ello basándome en una tesis de licenciatura presentada en la Complutense de Madrid por Marta Cobos y realizada bajo mi dirección (1978). Y como digo Sexto Empírico, podría mencionar otros muchos autores más, y los hay, sin duda alguna, que se me escapan. Por ejemplo, no he encontrado en parte alguna una referencia a los chistes lingüísticos, de corte cínico, que se encuentran en la *Vida de Esopo* y de los que, igualmente, hago más abajo mención.

<sup>19</sup> *Revista de Occidente* 96, 1971, págs. 340-365 y 99, 1971, págs. 285-309.

<sup>20</sup> *RSEL* 10, 1980, págs. 331-337.

La verdad es que incluso un gramático tan conocido como Apolonio Díscolo merece todavía hoy un estudio en profundidad. Es un autor muy difícil por el cual, desde Steinthal para acá, los historiadores de la gramática griega pasan por encima. Es una suerte que, finalmente, en 1981 haya aparecido una buena versión inglesa, la de Fred W. Householder<sup>21</sup>, que incluye aclaraciones a los lugares difíciles, una bibliografía al día y un índice terminológico. Queda, con todo, mucho trabajo por hacer en Apolonio. Quiero citar a este respecto el *Diccionario de la Terminología gramatical griega*, todavía inédito, y presentado como tesis doctoral en Salamanca por D. Vicente Bécares. Se refiere, por supuesto, a toda la terminología gramatical griega, ocupando Apolonio un lugar importante. Pues bien, para que se vea hasta qué punto está insuficientemente trabajado este campo, quiero aludir a la enorme cantidad de vocabulario gramatical nuevo que semejante *Diccionario* añade a los Diccionarios griegos generales. Gracias a la amabilidad de su autor he podido disponer de esta obra para el *Diccionario Griego-Español*, pero me llegó tarde para tenerla en cuenta en el vol. I. Pues bien, comparando la terminología gramatical contenida en dicho volumen (por lo demás ya superior a la de los Diccionarios anteriores, como el de Liddell-Scott-Jones) con la del *Diccionario* de Bécares, ha aparecido una gran cantidad de términos nuevos, que se darán en el Suplemento I (que acompaña al vol. II) del DGE. Me limito a dar a continuación una relación de esos nuevos términos o acepciones, con su traducción, sin entrar en la ejemplificación ni dar las citas exactas (las más veces, procedentes de Apolonio)<sup>22</sup>.

ἀδιαβίβαστος	<i>intransitivo.</i>
ἀδιάρητος	<i>inarticulado.</i>
ἀδιάκριτος	<i>no cuantificado, indiferenciado (del número plural); indiferente a la persona (del infinitivo).</i>
ἀδιάπτωτος	<i>no declinado.</i>

<sup>21</sup> *The Syntax of Apollonius Dyscolus* translated and with commentary by —, Amsterdam, John Benjamins.

<sup>22</sup> Remito para estos datos al DGE, vol. II, en prensa.

ἄθροισις	<i>reunión, concentración</i> de unidades (en los colectivos).
ἄθροισμα	<i>reunión</i> de unidades (en los colectivos).
ἄθροιστικῶς	<i>como unidad.</i>
αἰτιατικὴ σύνταξις	<i>construcción con acusativo.</i>
αἰτιολογικὴ ἔγκλισις	<i>modo o subordinación causal.</i>
αἰτιῶδες, τό	<i>la casualidad.</i>
ἀκατάστατος	<i>irregular</i> (de oraciones), τὸ ἄ. <i>la irregularidad.</i>
ἀκοινώνητος	<i>indiferente</i> (a oposiciones de géneros o casos).
ἄκολουθέω	<i>concertar</i> (el verbo y la persona), τὸ ἄ. <i>lo gramaticalmente correcto</i> (de una construcción).
ἄληκτος	<i>carente de desinencia o terminación</i> (de los nombres de las letras alfa, etc.).

Téngase en cuenta que todo esto se refiere a una parte mínima del léxico griego, de α a ἄλλά, y que completa muchas cosas ya recogidas y conocidas. Incluso el estudio de esta mínima serie de palabras nos haría someter a duda y estudio algunas cosas dadas como seguras para Apolonio y otros gramáticos o bien no conocidas en ellos.

### III. LINGÜÍSTICA ANTIGUA Y FONOLOGÍA

Cualquier persona con formación fonológica que se asome a ciertos textos antiguos, sobre todo a Aristóteles, *Poética* 1456 b 20, reconoce en los mismos, si bien en forma a veces un tanto desdibujada, una aproximación a la moderna teoría del fonema. Sin embargo Mounin<sup>23</sup> y Leroy<sup>24</sup> no han pasado de afirmar una conciencia del doble plano del lenguaje, concretamente de la existencia de la que Martinet llama segunda articulación del mismo. Pero un trabajo de

<sup>23</sup> *Ob. cit.*, págs. 93 ss.

<sup>24</sup> M. Leroy, «Théories linguistiques dans l'antiquité», *Les Etudes Classiques* 41, 1973, pág. 388.

W. Belardi en un libro ya mencionado<sup>25</sup> afirma que en Aristóteles están ya presentes, prácticamente, todos los rasgos atribuidos al fonema por la escuela de Praga, como ya arriba dijimos. Creo que tiene razón: es definido como indivisible, carente de significado y constituyendo unidades significativas cuando se articula en un orden dado.

Cierto que en los textos antiguos la palabra habitual στοιχείον o «unidad», con frecuencia es usada más o menos indistintamente como γράμμα «letra». Ahora bien, existen textos que distinguen muy claramente. Por ejemplo, Melampo, uno de los comentaristas de Dionisio Tracio, dice<sup>26</sup> que στοιχείον es una pronunciación (ἐκφώνησις) y que al lado hay 24 «caracteres» o letras. La triple distinción (letra, nombre de la misma, pronunciación) es mencionada en otro lugar próximo<sup>27</sup>.

Sin embargo, donde más claramente se han sacado las consecuencias de una radical distinción entre elementos con valor distintivo y ortografía es en Sexto Empírico. Este autor establece la existencia de 10 vocales, cinco breves y cinco largas: el que a veces (para la *e* y la *o*) haya distinción gráfica, a veces (para las otras) no, carece para él de importancia<sup>28</sup>. Es más: en un pasaje posterior de su obra<sup>29</sup> va más lejos al distinguir entre η con circunflejo, agudo o espíritu, porque tienen valor distintivo diferente. Observaciones semejantes hace para las vocales breves, según el acento y espíritu. Todo esto sobre la base de la misma triple distinción a que aludíamos más arriba, pero en la cual opone al nombre y la grafía no la pronunciación, sino la «potencia» (δύναμις)<sup>30</sup>, lo que es importante. Podríamos traducir por «función».

Todo esto está perfectamente de acuerdo con otras observaciones del mismo autor contra las grafías inútiles, es decir, aquellas que no tienen relevancia fonológica. Es indiferente por ejemplo, dice, escribir σμίλιον ο ζμίλιον (con *s* sorda o sonora) para designar un bisturí

<sup>25</sup> «La concezione aristotelica del fonema», *Problemi di cultura linguistica nella Grecia antica*, Roma 1972, págs. 119-135.

<sup>26</sup> En la ed. de Bekker, *An. Gr.* 2, 774.

<sup>27</sup> Bekker, *An. Gr.* 2, 773, cf. también Diógenes Laercio VII 57.

<sup>28</sup> Sexto, *Adv. Gramm.* 100 s.

<sup>29</sup> *Ob. cit.*, 113-114.

<sup>30</sup> *Ob. cit.*, 99.

pequeño<sup>31</sup>. Evidentemente, había una cierta tendencia a marcar el alófono sonoro de la /s/: a Sexto son los fonemas, con su valor distintivo, lo que interesa.

Si pasamos, ahora, a los gramáticos latinos, querría poner de relieve un importante artículo publicado por L. Hernández Miguel en la revista *Emerita*<sup>32</sup> y cuyo título es bien significativo: «La descripción distribucional del sistema fonológico del latín según la gramática romana». Partiendo de precedentes griegos en que se habla de la δύναμις «función» y la τάξις «orden, distribución» del στοιχείον o fonema, Hernández Miguel ha investigado detenidamente el uso del *ordo* o distribución por parte de los gramáticos latinos. Es para ellos, igual que la *potestas* o función, una característica de la que siguen llamando, a veces, *littera*, pese a que su elemento fonemático es el que estudian. Son, en definitiva, las restricciones de combinación de vocales, semivocales y consonantes, las que son examinadas.

Por otra parte, desde el punto de vista sistemático, hay que decir que las correlaciones de las oclusivas están perfectamente definidas ya en Dionisio Tracio y sus comentaristas; y que hay precedentes desde el mismo Platón.

Con todos estos datos en la mano no parece arriesgado afirmar que las líneas generales de lo que es un sistema fonológico eran bien conocidas por los gramáticos antiguos, aunque vacilaran a veces en ciertos detalles y dejaran cosas sin investigar. Su punto de vista era más estructural y distribucional de lo que ha venido pensándose.

Y hay otros puntos todavía que merecerían atención dentro del estudio de la segunda articulación: así, el de la fonética impresiva, existente desde el *Crátilo* por lo menos<sup>33</sup> y muy desarrollada ya en el *De compositione verborum* de Dionisio de Halicarnaso.

#### IV. LINGÜÍSTICA ANTIGUA Y TEORÍA DEL SIGNO

Que la lengua, en un nivel diferente del fonológico, trabaja con signos, era algo bien evidente para los antiguos. En el *Crátilo* y aun

<sup>31</sup> 173-174.

<sup>32</sup> 49, 1981, págs. 149-177.

<sup>33</sup> Aunque lo niega Belardi, *Problemi di cultura...* cit., págs. 1 ss.

antes aparece el verbo σημαίνω «significar» referido a la lengua<sup>34</sup>; y luego en Aristóteles el concepto de «signo» se aplica a la lengua en forma muy clara. La polémica sobre si los nombres son «por naturaleza» o «por convención», que viene de los presocráticos y la sofística y sobre la que Platón en el *Crátilo* toma una posición un tanto vacilante, viendo en definitiva la inadecuación de esos conceptos a la lengua, lleva a Aristóteles a la clara afirmación de que el nombre es un «símbolo» que «significa» (σημαίνει) «por convención» (κατὰ συνθήκην)<sup>35</sup>. Que se trata de una teoría de la lengua como signo es algo universalmente aceptado.

Ahora bien, las precisiones mucho mayores que hoy en día podemos dar sobre la teoría del signo han hecho que la interpretación de las doctrinas de Aristóteles a este respecto, y también las de los estoicos, se haya perfeccionado. Quiero aludir aquí en primer término al libro de E. Coseriu arriba mencionado, *Die Geschichte der Sprachphilosophie von der Antike bis zum Gegenwart I*, pág. 71 ss., pero también a un trabajo de Elvira Gangutia igualmente mencionado más arriba y a algunas cosas mías<sup>36</sup>.

Coseriu ha visto muy bien que Aristóteles describe la doble cara del signo con los términos de φωνή «voz» y πάθημα, que se refiere a experiencias anímicas: el conjunto se refiere a la «cosa», πρόγμα. Los nombres son un signo (σήμειον), pero es inadecuada la pregunta por su verdad. Todo esto es relacionado por nuestro autor con las doctrinas estoicas, que distinguen entre un significante y un significado, que se identifica con el λεκτόν, que es ya propiamente lingüístico.

Sobre este tema he de remitir al trabajo de E. Gangutia arriba citado, en el que añade la consideración de las doctrinas epicúreas y escépticas que hacen desaparecer el intermedio entre la expresión y la cosa que es el λεκτόν. Por cierto que el estudio de las doctrinas estoicas ha ido ganando continuamente en sutileza y se ha hecho ver, por ejemplo, que pese a su creencia de que la lengua es «por natu-

<sup>34</sup> Cf. por ej. *Crat.* 393 a, 437 c; cf. antes, menos precisamente, Heráclito 93 D.-K.

<sup>35</sup> Cf. *De interpr.* 16 a-b. Cf. también *El. Soph.* 165 a.

<sup>36</sup> Sobre Aristóteles lingüista cf. a más del libro de W. Belardi ya citado, otro del mismo autor *Il linguaggio nella filosofia di Aristotele*, Roma 1975; R. McKeon, «Aristotle's conception of language and the Arts of language», *CPh* 41, 1946, págs. 193-206 y 42, 1947, págs. 21-50; etc.

raleza», los estoicos admiten desajustes anomalísticos y, en definitiva, la necesidad de un intermedio como el λεκτόν. La bibliografía sobre la gramática estoica ha aumentado mucho: aparte de la más especializada, remito al gran libro de Pohlenz, *Die Stoa*<sup>37</sup>, y a la bibliografía del de R. T. Schmidt, *Die Grammatik der Stoiker* (cf. nota 3). El progreso es grande no sólo en cuanto al signo, sino también en cuanto a las doctrinas del aspecto y de la oración.

Pero volvamos a la teoría del signo. Quiero recordar aquí un trabajo mío, referente a la teoría del signo en Gorgias de Leontinos<sup>38</sup>, en el que hice ver la clara conciencia de este retor y sofista, un poco más viejo que Platón, de los desajustes entre la cosa y el pensamiento y entre el pensamiento y la palabra. Steinthal había pasado bastante por alto estas afirmaciones del *Sobre el no Ser*<sup>39</sup> refugiándose en una supuesta falta de sentido de lo subjetivo por parte de los griegos antes de Sócrates. Pienso que he hecho ver que en realidad lo que ofrece Gorgias es una teoría del signo lingüístico. τὸ φρονούμενον, o sea «lo pensado», viene a equivaler a una realidad subyacente (τὸ ὑποκείμενον) que a su vez es diferente de τὰ ὄντα «el ser». Tiene a su vez una cara externa, el *logos* en cuanto palabra enunciada. Gorgias se anticipó claramente, creo, a la doctrina de Aristóteles. Sólo los estoicos perfeccionaron esta doctrina en cuanto que consideraron que el significado es algo claramente lingüístico, el λεκτόν.

Pero Gorgias fue, en otros aspectos, más lejos. Señaló que el *logos* es un «gran poderoso», un μέγας δυνάστης que cumple obras maravillosas de persuasión. Su *Helena* desarrolla detenidamente esta idea. En realidad, toda la doctrina antigua de la retórica y aun de la poesía, está basada en ella. Nosotros diríamos: el lenguaje tiene una función impresiva, no sólo una representativa. Ahora bien, junto a esta referencia del signo al objeto, hay otra al sujeto. En ella está basada la doctrina, también gorgiana y retórica en general, del καιρός u oportunidad: el *logos* debe ser adecuado al auditorio, sólo así ejerce persuasión. Nosotros sabemos que el significado es diferente para distintos sujetos o grupos de sujetos y por ello hay que tenerlos

<sup>37</sup> Gotinga, 3.<sup>a</sup> ed., 1964, I, págs. 37 ss.

<sup>38</sup> «La teoría del signo en Gorgias de Leontinos», en *Logos semantikós, Studia... Coseriu I*, Madrid, Berlín, Nueva York, 1981, págs. 9-19.

<sup>39</sup> Steinthal, *ob. cit.*, págs. 114 ss.

en cuenta para hacernos comprender. Por otra parte, no sólo Gorgias, sino sofistas como Antifonte y otros más están persuadidos de las dificultades de establecer la verdad debidas precisamente a esos factores subjetivos.

Estas doctrinas antiguas han sido muchas veces pasadas por alto, por lo menos en sus implicaciones lingüísticas. Un estudio de los textos sofísticos desde este punto de vista resultaría fructífero. En los epicúreos, herederos en tantos respectos de la sofística, se encuentra una conciencia muy viva de que existe comunidad de significado dentro de un mismo grupo social<sup>40</sup>. En realidad, el famoso «el hombre es la medida de todas las cosas» protagoreo se ha interpretado, creo que acertadamente, en este mismo sentido social, de acuerdo con la doctrina general sofística de la diversidad del *nomos* o «convención»<sup>41</sup>.

De todas maneras, donde más claramente está establecida la relación entre el signo y el sujeto es en el *De doctrina christiana* de San Agustín. Es notable su definición de la palabra en los *Principia Dialectica* a él atribuidos como «signo de cada cosa, que puede ser entendido por el oyente y es proferido por el que habla»<sup>42</sup>.

Éstas son las cosas que, esencialmente, habría que decir para comenzar a establecer una teoría (o conjunto de teorías) antigua del signo. Pero, a partir de aquí, habría que penetrar en la teoría del significado.

#### V. LINGÜÍSTICA ANTIGUA Y TEORÍA DE LOS SISTEMAS SEMÁNTICOS Y DEL SIGNIFICADO

Como dije más arriba, en obras o pasajes de intención no primordialmente lingüística se encuentran afirmaciones de trascendencia lingüística en relación con el tema de los sistemas en que se integran las palabras y con el mismo significado de éstas. Son dos temas difícilmente distinguibles entre sí.

La doctrina predominante, ya lo dije arriba, es la del significado único de las palabras: sobre los significados sintácticos se ha especulado menos, parece, aunque críticas como la de Protágoras sobre el

<sup>40</sup> Cf. E. Gangutia, *ob. cit.*, pág. 44.

<sup>41</sup> Cf. «Lengua, ontología...» *cit.*, 99, pág. 302.

<sup>42</sup> Cf. E. Gangutia, *ob. cit.*, págs. 55 ss.

uso del imperativo por Homero presuponen la creencia en la unidad de significado. En esa doctrina está fundada generalmente la doctrina de las oposiciones léxicas, que también merece estudiarse como precedente de nuestra semántica estructural. Pero también aparece aquí y allá la doctrina de la polisemia de las palabras.

Decía yo más arriba que la búsqueda de Sócrates (del real y del platónico) y las afirmaciones de Pródico se basan en esa doctrina. Es discutible en qué medida al «definir» una palabra y al declarar a otras sinónimas estos autores se ajustan a la realidad de la lengua o la fuerzan: en otro lugar<sup>43</sup> he manifestado mi opinión de que esto último es lo más cierto, puesto que la identificación platónica, en el *Gorgias* y otros lugares, de los conceptos de lo justo, bello y bueno (δικαίον, καλόν, ἀγαθόν) y de lo injusto, feo y malo (ἀδικόν, αἰσχρόν, κακόν) convierte en una sinonimia total la que es solamente parcial.

Desde los tiempos más antiguos la filosofía griega trabaja sobre sistemas de oposiciones de términos. El libro de G. E. R. Lloyd, *Polarity and Analogy*<sup>44</sup> está dedicado a este tema. A veces oposiciones simples y aisladas como las de Hesíodo (Tierra y Cielo, Erebo y Noche, Eter y Día, etc.) o las de Heráclito (día y noche, invierno y verano, guerra y paz, etc.) o Pródico son seguidas por una doble serie de términos opuestos, como en los pitagóricos. En realidad, éste es el comienzo del análisis platónico (y luego de las taxonomías científicas, a partir de Aristóteles) a base de dicotomías que luego se subdividen en dos y así sucesivamente. El análisis del mundo ideal en los últimos diálogos de Platón y, muy notablemente, en el *Político* y el *Sofista*, trabaja con estos principios. La doctrina es que las palabras recubren una realidad fija y unitaria: la división por dicotomías de esta realidad a partir de su principio unitario más alto, se refleja en sucesivas oposiciones de palabras. Como he dicho, clasificaciones posteriores que trabajan sobre géneros y especies, están en esta línea.

Si traducimos todo esto al lenguaje de la Lingüística diremos que se trata de oposiciones exclusivas (no privativas ni equipolentes) siempre binarias entre palabras con significados únicos.

Ahora bien, cometeríamos un error si creyéramos que es ésta la única doctrina existente en la Antigüedad sobre los sistemas léxicos

<sup>43</sup> «Lengua, ontología...» cit.

<sup>44</sup> Cambridge, 1966.

y sobre el significado de las palabras. Más arriba hice alusión a un pequeño trabajo mío en el que mostraba cómo en un pasaje del *Banquete* platónico se admitía en la palabra  $\xi\rho\omega\varsigma$  un significado genérico («deseo») y varios específicos, entre ellos el de lo que llamamos «amor». Y también hacía ver la presencia en dicho pasaje de una oposición gradual entre tres términos léxicos, «dios», «demon», «hombre», oposición muy enraizada en ciertas doctrinas platónicas.

Por otra parte, y volviendo al tema de la monosemia o polisemia, hay que advertir que  $\delta\rho\theta\acute{o}\tau\eta\varsigma\ \delta\nu\omicron\mu\acute{\alpha}\tau\omega\nu$ , la «rectitud de significado» de las palabras, puede entenderse en varios sentidos<sup>45</sup>. Por supuesto, en el del significado «verdadero», que es el que pretende la línea de pensamiento que acabamos de mencionar. Pero ya he dicho que para los sofistas en su mayor parte las cosas no son así. Ya Antifonte<sup>46</sup> negaba la existencia de un significado unitario. Para Protágoras, cuya posición ya hemos adelantado, el concepto de lo recto o correcto, que no es sólo lingüístico sino sobre todo operativo y utilitario, es algo secundario, a lo que se llega tras un proceso dialéctico y de persuasión. Por otra parte, este sofista admite que la lengua común tiene un uso «incorrecto» pero modificable de los géneros. En cuanto a Gorgias, no cree en un sentido unitario, «verdadero», para todos de las palabras y del lenguaje: de ahí los desajustes y engaños, las oscuridades también<sup>47</sup>.

Por otra parte, el propio Aristóteles manifiesta muy acertadamente que existe una polisemia basada en el hecho de que las palabras de la lengua son limitadas y la realidad en cambio es infinita: remito al excelente comentario de García Yebra a este pasaje de las *Refutaciones sofísticas*<sup>48</sup>. Se ocupó, de otra parte, de diversos aspectos de la lexicografía (sinónimos, glosas, etc.)<sup>49</sup> que le acercan a una concepción realista de la lengua. Y lo mismo sucede con autores como los epicúreos y escépticos, que basan el dominio de la lengua en la  $\sigma\nu\nu\eta\theta\epsilon\iota\alpha$  o hábito. Pero incluso en los estoicos, pese a que fundan

<sup>45</sup> Cf. últimamente E. Siebenborn, *Die Lehre von der Sprachrichtigkeit und ihren Kriterien, Studien zur antiken normativen Grammatik*, Amsterdam, 1976.

<sup>46</sup> Fr. 1 D.-K.

<sup>47</sup> *Helena* 11.

<sup>48</sup> 165 a. Cf. V. García Yebra, « $\epsilon\tau\acute{o}\ \xi\nu\ \sigma\eta\mu\acute{\alpha}\lambda\epsilon\iota\nu$ ? Origen de la polisemia según Aristóteles», *RSEL* 11, 1981, págs. 33-50.

<sup>49</sup> Cf. Pfeiffer, *ob. cit.*, pág. 151.

la lengua en la naturaleza, se encuentran cosas de este tipo: basado en la  $\sigma\upsilon\nu\eta\theta\epsilon\iota\alpha$  Crisipo estudió los desajustes entre la expresión y el contenido, que en cierta medida se refieren a nuestro tema.

Ahora bien, la proliferación de escuelas filosóficas y los cambios de orientaciones y tendencias, produjeron en Grecia toda clase de cambios de doctrina. En una época en que florecía ya entre los epicúreos una semántica más social y humana, diríamos, los cínicos volvían a la tradición antigua de la monosemia y la utilizaban para sus chistes y juegos de palabras. En la *Vida de Esopo*<sup>50</sup> encontramos:

a) Se admite sólo el uso concreto y primario, no el derivado, así cuando le dicen a Esopo  $\chi\alpha\acute{\iota}\rho\epsilon$  «salve» (lit. «alégrate») y contesta «no me duele nada»<sup>51</sup>.

b) Se rechaza igualmente el uso contextual o implícito, como cuando le piden un lecito y lo lleva vacío de aceite o un barreño y lo lleva sin agua<sup>52</sup>.

c) Se rechaza el singular colectivo: Esopo lleva una lenteja cuando le pidieron  $\phi\alpha\kappa\eta$  «lenteja» (que en griego puede ser «lentejas»)<sup>53</sup>.

d) En cambio, se admite sólo un sentido pregnante en la anécdota<sup>54</sup> en que Esopo sólo encuentra «un hombre» (es decir, un verdadero hombre) en los baños.

Se trata, siempre, de sentidos simples, únicos, bien definidos: un retroceso, sin duda.

Como se ve, los antiguos no sólo nos dejaron el modelo de los diversos tipos de diccionarios, sino que sobre léxico y semántica fueron más lejos de lo que dejan reconocer las exposiciones tradicionales. Habría que añadir muchas cosas más: los inicios de un análisis semántico componencial en el *Crátilo* (sobre bases falsas, tal vez presentadas irónicamente; pero el principio está ahí); la que podría llamarse una clasificación de las palabras por campos semánticos en Varrón<sup>55</sup>; etc.

<sup>50</sup> Cito por la edición de B. E. Perry, *Aesopica*, Urbana, Illinois, 1952 (*Vita G*).

<sup>51</sup> 24, cf. varios ejemplos más en el mismo cap.

<sup>52</sup> Caps. 38 y 39.

<sup>53</sup> Cap. 40.

<sup>54</sup> Cap. 65.

<sup>55</sup> *L. L.* VII 1-72, palabras de espacio, 72-108, íd. de tiempo; cf. E. Gangutia, *ob. cit.*, pág. 51.

## VI. LINGÜÍSTICA ANTIGUA Y CONSIDERACIÓN SOCIAL E HISTÓRICA DEL LENGUAJE

Todas estas teorías, que a veces se nos aparecen como un privilegio y un descubrimiento de la Lingüística moderna, encuentran precedentes notables en la Antigüedad, dentro del ámbito de las escuelas que consideran la lengua como un hecho de convención, es decir, social y que admiten el anomalismo. En Platón, en el *Crátilo*, se encuentran ya los primeros principios, al menos germinales, de estos puntos de vista.

Nótese que para Protágoras la lengua procede de un acuerdo o unas circunstancias sociales y que admite que esa lengua así construida y transmitida puede contener errores, inconsecuencias. Es reformable con vistas a una regularidad de la forma y el contenido; y él da, es bien sabido, diversos ejemplos en que a un nombre debería dársele un género según él más adecuado o a un nombre una forma más normal en los de su género o en que propone que se cree un nombre femenino dejando como masculino el que es epiceno en griego.

Protágoras es el proponente de una reforma lingüística más radical que la de nuestras Academias, tal vez podamos compararlo con ciertas estandarizaciones del lenguaje en naciones de nueva creación. Lo notable es que después de él, de iguales puntos de partida, a saber, una visión de la lengua como producto de convención (historia, diríamos nosotros) llena de anomalías, se saca una consecuencia muy diferente: el uso es el que crea la lengua y el que tiene autoridad sobre ella.

Estas teorías están expuestas sobre todo por los epicúreos: hay ecos sobre todo en Lucrecio, Diógenes de Oenoanda y San Agustín<sup>56</sup>. En definitiva, la lengua es un hecho social, abierto al cambio<sup>57</sup>. Ahora bien, donde se encuentran expuestas con más claridad doctrinas de este tipo, que por lo demás ya dije que habían dejado huella

<sup>56</sup> Cf. E. Gangutia, «El pasaje lingüístico de Diógenes de Oenoanda», *Emerita* 49, 1981, págs. 343-352.

<sup>57</sup> Cf. P. H. De Lacy, «The Epicurean Analysis of Language», *AJPh* 9, 1939, págs. 95 ss. y E. Gangutia, «Teorías semánticas...» *cit.*, págs. 42 ss.

incluso en los estoicos, es en el escéptico Sexto Empírico. Leyendo su *Contra los Gramáticos*, dirigido contra los analogistas, se encuentran cosas que sorprenden por su modernidad. Nos dice claramente<sup>58</sup> que es el uso el criterio de corrección: habla bien el griego el que está usado (τριβείς) a la costumbre, no el que sabe la analogía. No hay φύσις o naturaleza: a unos les parece buen griego una cosa, a otros otra, y es el uso o costumbre el que decide, de él salen las reglas. El propio Homero lo que hacía era seguir el uso contemporáneo; pero imitarlo ahora es perfectamente ridículo.

Son cosas bien poco conocidas, que yo al menos no encuentro en los tratados sobre Lingüística antigua y que representan, aunque germinalmente, una línea no disímil de puntos de vista nuestros bien conocidos. La similitud aumenta si se tiene en cuenta que Sexto combate un punto de vista que es a su vez paralelo al de concepciones modernas que piensan factible desarrollar toda una lengua a partir de un conjunto de fórmulas (pienso en los transformacionistas, pero ya antes en la escuela de Copenhague). Ese punto de vista que Sexto combate es, naturalmente, la doctrina de la Analogía: la idea de que una lengua, el griego, puede concebirse como un desarrollo de unas cuantas reglas regulares. Cito a Sexto<sup>59</sup>: «Los gramáticos quieren, tras reunir algunos preceptos universales, juzgar desde ellos cada nombre en particular para ver si es correcto o no. Pero no pueden hacer esto porque no se está de acuerdo en que es universal lo que lo es según ellos, ni tampoco en que se salve su naturaleza universal al aplicarla al detalle».

También en Varrón, que bebe en la tradición estoica, aparecen explicaciones sociales e históricas de hechos de anomalía: dice, por ejemplo<sup>60</sup>, que antiguamente la «paloma» era un hombre epiceno *columba*, pero desde que se crían como aves domésticas hay un masc. *columbus* y un fem. *columba*.

Conviene no dudar, de todas maneras, que la doctrina central, por así decirlo, sobre el papel social de la lengua es, en la Antigüedad, la de la corrección lingüística, cuyo fundamento se sitúa en la analogía, la tradición y el uso. Remito a un importante libro reciente,

<sup>58</sup> *Ob. cit.*, págs. 181 ss.

<sup>59</sup> 221 s.

<sup>60</sup> *L. L.* IX 38.

de E. Siebenban<sup>61</sup>. Tiene también esta posición un evidente interés actual, como precedente de nuestras Academias y demás intentos de hacer del mundo movedizo de la lengua un instrumento válido de comunicación a través del tiempo y de las variantes sociales e individuales.

## VII. OTROS RASGOS DE LA LINGÜÍSTICA ANTIGUA. CONCLUSIÓN

He dado algunos ejemplos de aspectos de la teoría lingüística en los que encontramos en la Antigüedad avances mayores que los comúnmente imaginados: bien avances recogidos por la bibliografía que, pese a la ausencia de nuevas síntesis, va todos los años apareciendo, bien otros que pienso que podrían ganarse aplicando nuevos criterios o investigando nuevos materiales.

Para terminar, quiero decir simplemente que se trata de unos cuantos ejemplos y que podría intentarse multiplicarlos. Voy a decir algunas cosas, solamente, sobre las clasificaciones gramaticales.

Es de sobra conocido que una gran parte, la mayor, de las clasificaciones gramaticales que seguimos usando, incluso de las que usan las escuelas que se consideran más avanzadas, son de origen griego. Cierto que algunas de ellas son criticables y que a veces, en la misma descripción de la lengua griega, hemos avanzado: así, cuando hemos centrado la oposición de las voces en la activa y media, evitando una serie de confusionismos de la gramática antigua<sup>62</sup>.

La Gramática de los griegos está centrada, como se sabe, en la palabra y el paradigma. Era esto, sin duda, lo más adecuado a la estructura de la lengua griega: una descripción basada en el morfema o monema habría sido prácticamente imposible<sup>63</sup>. El sistema de clasificaciones a que se llega, tras algunas vacilaciones iniciales como la de incluir o no el vocativo en el sistema de los casos, es bastante estable. Lo que más se le ha objetado es utilizar un criterio mixto, entre semántico y formal, y a veces dar una semántica dema-

<sup>61</sup> *Die Lehre von der Sprachrichtigkeit und ihren Kriterien. Studien zur antiken Normativen Grammatik*, Amsterdam 1976.

<sup>62</sup> Cf. C. García Gual, *El sistema diatético del verbo griego antiguo*, Madrid, C. S. I. C., 1970, págs. 1 ss.

<sup>63</sup> Cf. F. Villar y J. López Facal, «La morfología griega y la segmentación en morfemas», *Emerita* 36, 1968, págs. 199-212.

siado «lógica» (así la definición de algunas partes de la oración) o bien floja o aun inexistente (definiciones de los casos, falta de definición de los modos en Dionisio Tracio).

Hay que decir que muchas de estas críticas son acertadas. De todas maneras, el combinar en una definición los rasgos semánticos y los formales, como hace, por ejemplo, Dionisio Tracio al definir el nombre, no parece en sí criticable. Las definiciones lingüísticas siguen siendo para nosotros un gravísimo problema: es muy frecuente que no coincidan los rasgos semánticos, los formales y los distribucionales de una manera absoluta. El intentar dar una semántica y, al tiempo, un sistema de categorías (expresadas por la forma) no parece, en principio, incorrecto. Aunque sí es irregular, desde luego, el proceder de una manera diferente en ocasiones diferentes.

De todas maneras, hay que reconocer que el criterio formal es el predominante, y que éste ha sido reconocido como el más sano y menos expuesto a errores por una serie de lingüistas modernos. Los gramáticos latinos heredaron esta tradición y habría que estudiar el detalle de su empleo por ellos, que tenían frente a sí una lengua diferente de la griega y que les planteaba por ello problemas numerosos. Como ejemplo del trabajo a hacer en este campo de la definición formal, llamo la atención sobre un artículo reciente de Hans-Joachim Hartung sobre los impersonales latinos<sup>64</sup>.

En general puede decirse que son más acertadas las clasificaciones de las clases y subclases de palabras, las categorías y funciones que se establecieron, que la manera de formularlas. De todas maneras, hay ocasiones en que la manera de proceder de los antiguos, en lo que respecta a los significados gramaticales, es mucho más estructural y exacta de lo que a primera vista parece. Así, si Aristóteles opone el caso nominativo a los demás, en definitiva lo convierte en un término negativo, a veces usado neutralmente: representa el uso genérico frente a los específicos. En cuanto al verbo, el sistema estoico, que Steinthal entendió mal y que ya Dionisio Tracio embrolló, representa un claro sistema en que se involucran oposiciones binarias de aspecto y tiempo. No es mucho lo que hay que corregir aquí, salvo la descripción más detallada de los significados y el establecimiento de los usos neutros.

---

<sup>64</sup> «Die grammatische Theorie der Verba Impersonalia», *RhM* 118, 1975, páginas 345-361.

Como digo, es más deficiente la exposición del sistema que el sistema expuesto. Pero hay que tener en cuenta que nuestras fuentes principales son Dionisio Tracio y Apolonio (éste poco estudiado, por lo demás), que son manuales prácticos bastante distintos del progreso realizado teóricamente. A veces podemos apreciar éste a partir de los autores anteriores que hemos venido mencionando, o de los estoicos (por otra parte, igual que los epicúreos, conocidos por resúmenes y referencias insuficientes) o de autores latinos como Varrón o San Agustín.

Nos hallamos, pues, ante las ruinas de los varios sistemas gramaticales de la Antigüedad. Pero estas ruinas son susceptibles, pese a todo, de ulterior exploración. En parte está ya haciéndose. Con frecuencia, nos quedamos admirados al hallar anticipos y vislumbres que no esperábamos y al alejar esa imagen de cosa elemental y pedestre o bien puramente logicista, que produce, vista de lejos, la Gramática antigua. Hallamos también nuestras mismas aporías y contradicciones, los puntos de vista diferentes que surgen cuando se estudian cuestiones de lenguaje. Incluso encontramos de cuando en cuando atisbos que nos pueden ser útiles. En fin, tras tanta mirada despectiva, hoy estamos en mejores condiciones que nunca para intentar hacernos una idea más clara de las teorías lingüísticas de los antiguos y, sin abdicar de una postura crítica, ver lo que en ellas puede haber de útil y permanente.

FRANCISCO R. ADRADOS